APÉNDICE.

EL GUARDIA DE HONOR

EN LA ESCUELA

del Sagrado Corazón de Jesús.

« Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. »

EL amor no es conocido, el amor no es amado... exclamaba San Francisco de Asís, derramando torrentes de lágrimas. ¿Qué diría si viera á los hombres ingratos alejarse más y más del tierno y generoso Salvador que los ha rescatado con el precio de toda su sangre?

¡Ah! que haya al menos corazones abnegados que se levanten y rodeen á nuestro divino Maestro, diciéndole á cada hora: « Se« ñor, si nuestros hermanos in« gratos rechazan Vuestro amor, « Os llenan de ultrajes, tratan de « que se olvide Vuestro santo « Nombre; nosotros queremos,

« por nosotros mismos y por « ellos, amaros, glorificaros, y, « si es posible, conquistar para « Vos todos los corazones. »

Con este objeto, el verdadero Guardia de honor debe, no sólo santificar su hora de Guardia, sino distinguirse por una vida ejemplar y por el fiel cumplimiento de la voluntad del Señor. Con este fin vaya á la escuela del Corazón de Jesús, y trate de copiar trazo por trazo y rasgo por rasgo este divino Modelo, puesto que nadie entrará en la gloria si no se parece á este original.

Para ayudar á esta formación sobrenatural del Guardia de honor, se han redactado las lecciones familiares contenidas en este Apéndice.

Al levantarse.

Al despertar. — Presentémonos á Jesús espiando nuestro despertar como una madre el de su hijo. Arrojémonos en sus brazos con filial confianza, y digamos desde el fondo del alma: « Dios mío, Os adoro, Os amo, « Os doy mi corazón; ocultadme

« en la Llaga de Vuestro dulcí-
« simo Corazón, oh Jesús, y du-
« rante este día preservadme de
« la desgracia de incurrir en
« Vuestro desagrado. — Hágase
« la señal de la Cruz en la frente,
« en la boca y en el corazón, di-
« ciendo : « Padre eterno, Os
« consagro todos los *pensamientos*
« de mi espíritu ; Verbo encar-
« nado, Os ofrezco todas mis *pa-*
« *labras;* Espíritu de Amor, Os
« dedico todos los *afectos* de mi
« corazón. »

Armados así para el combate, levantémonos prontamente, desechando toda pereza; este primer sacrificio fortifica el alma y atrae sobre ella una especial bendición del Señor para el día entero.

La oración de la mañana.

Para fijar vuestra imaginación y vuestro corazón presentaos delante del dulcísimo Jesús, como un niño arrodillado delante de su amorosa madre, con las dos manos entre sus manos, y comenzad vuestra oración. Hacedla corta, pero fervorosa, desechando toda preocupación de negocios,

todo pensamiento inútil; cinco minutos bastan para este ejercicio. Y ¿qué imaginación, por ligera que sea, no puede fijarse durante un tiempo tan corto y empleando el método indicado arriba?

No entristecerse, ni menos desalentarse por las distracciones involuntarias. El Corazón de Jesús no se ofende por ellas; como una madre que ve á su hijo niño volver la cabeza una y otra vez á cada palabra que le dirige; es enfermedad, debilidad; y Nuestro Señor nos perdona de buen grado. Pero una actitud ó posición indolente, divagación de espíritu continuo, esto es lo que desagrada á su Corazón y seca la fuente de sus gracias. La oración es el canal que nos las trae; si se hace mal, es un canal que no vuelve á su origen, el Corazón de Dios y deja nuestra alma seca, árida, sin fuerza para practicar la virtud durante el día.

La meditación.

Cualquiera que sea la posición ó las ocupaciones de un Guardia de honor, no hay circunstancia ninguna, en que no se pueda ha-

cer alguna meditación; el método indicado más adelante es accesible á todos, y esta santa práctica es más fácil de lo que generalmente se cree.

Toda persona, aun la más sencilla, *reflexiona* lo que quiere hacer, *piensa* en lo que ama : esta es la meditación en el orden natural de las cosas. Respecto á Nuestro Señor, es más fácil todavía, sobre todo cuando se tiene algún amor á este dulce Maestro, algún deseo de imitarle y de agradarle.

Veremos cómo la puede hacer un Guardia de honor, cuando no tiene más que cinco minutos en la mañana ó en la noche para este ejercicio. Si está solo y libre en su cuarto, se pondrá de rodillas; si esto no es posible, se retirará simplemente dentro de su corazón, y allí, postrado en espíritu delante de su Salvador, le dirá sencillamente y con confianza : « Señor, enseñadme á orar; Espíritu Santo, María, mi buena Madre, Ángel mío custodio, santos Patronos, ayudadme, obtenedme la gracia de hacer bien mi meditación. »

Leer una página de la Imitación ó del Evangelio, ó los Salmos, ó cualquiera otro libro bueno; reflexionar dos minutos sobre esta corta lectura. Ó bien estudiar alguna de las virtudes del divino Corazón, su paciencia, su dulzura, su pobreza, su obediencia, su soledad en los santos Tabernáculos, su estado de muerte y Víctima en el altar, etc.

Poner su corazón en paralelo con el de Jesús, prever las ocasiones en que durante el día podrá practicar la virtud que se ha meditado por la mañana.

Tomar con este objeto una sola, pero enérgica resolución. Por ejemplo, de no hablar mal de tal sujeto, si se ha meditado la caridad de Nuestro Señor : — de no impacientarse con tal persona, si se ha considerado la dulzura del buen Maestro; — de llevar con paciencia tal pena, tal contradicción en el día con resignación, si se ha meditado sobre los sufrimientos de Jesús.

Después de esto, dar gracias á Nuestro Señor por habernos sufrido en su divina presencia, pedirle que nos bendiga, y termi-

nar la corta meditación con el *Sub tuum*, ó con un acto de amor de Dios.

Se puede también meditar con fruto el *Billete Celador* y tomar por resolución la práctica que señala. En fin, lo más sencillo de todo es meditar las oraciones vocales que se saben de memoria.

Este método, á pesar de lo sencillo y breve que es, parecerá, sin embargo, imposible en ciertos días, con ciertas disposiciones del alma; embargada por las ocupaciones, abatida por el desconsuelo, postrada por el sufrimiento, no encontrará ni la facilidad, ni la energía suficiente para dedicar cinco minutos á Jesucristo y á sus intereses espirituales. Pues al menos, estas almas queridas del Señor, y por lo mismo tan probadas, no podrán negarse á ir en *espíritu* cerca de Nuestro Señor; y aunque no hagan otra cosa sino exponerle sus penas, sus turbaciones, su imposibilidad absoluta, presentarle su triste corazón fatigado por los negocios, perseguido por las tentaciones, lacerado con mil penas... qeu vayan á buscar un poco de

reposo á los pies del mejor de los amigos, del más tierno y cariñoso de todos los padres...

Que se contenten con mirarle, si no pueden hablarle; con esta mirada implorarán su misericordia. Se levantarán fortificadas, aliviadas, curadas tal vez; porque el Corazón de Jesús es la misma misericordia y el mismo amor.

Aunque otra cosa no hicieren, sino pasar materialmente estos cinco minutos con Dios sin sentir ningún afecto, ni en su espíritu ni en su corazón completamente seco, vengan, vengan y permanezcan allí honrando á Nuestro Señor como si fueran estatuas que adornan el Santuario.

Al menos habrán hecho un acto de presentación; Jesucristo las habrá visto á sus pies y esto basta á su ternura; las gracias caerán abundantemente sobre su corazón, sobre estas almas tan amadas : hagan la prueba.

La Santa Misa.

Hay una multitud de métodos excelentes para asistir con fruto al santo Sacrificio de la

Misa, no hay necesidad de indicar a los Guardias de honor ninguno en particular.

La santa Misa es la continuación del Sacrificio cruento ofrecido en el árbol de la Cruz. Por consiguiente, el Guardia de honor siendo hijo del Calvario, tiene su puesto, verdaderamente suyo, al pié del altar, donde debe permanecer, como lo hubiera hecho al pie de la Cruz, en compañía de la Santísima Virgen, de San Juan y de Magdalena, consolando á Jesús víctima durante tres horas de agonía, si le hubiera sido dado hallarse realmente presente al gran sacrificio de la Cruz.

Debe unirse á las disposiciones interiores de los corazones purísimos y constantemente inmolados de Jesús y María; ofrecerse con ellos en sacrificio á la Santísima Trinidad, glorificar á Dios, y darle gracias por todos sus beneficios. Después de la elevación recite la preciosa Ofrenda, ponga su alma en la herida del divino Corazón, para que se purifique en este manantial de vida que de ella sale.

Los asociados que estén privados de asistir todos los días al santo Sacrificio de la Misa, supliquen á sus santos ángeles Custodios hagan sus veces; únanse con el corazón á los sacerdotes que sin cesar inmolan la santa Víctima en algún altar.

El domingo, en que la Misa es obligatoria, asistan á ella con profundo recogimiento y singular piedad. Si es posible hagan todos los domingos una hora de guardia *suplementaria*, en *reparación* de la profanación de los días santos consagrados al Señor.

La confesión.

Quien más ha recibido debe amar más, debe concebir un pesar más grande de las menores faltas cometidas contra su divino Bienhechor, y debe purificarse lo más pronto posible; nunca se recomendará bastante á los asociados que se confiesen por lo menos cada quince días (mejor sería cada ocho).

El Guardia de honor, hijo privilegiado del Corazón de Jesús, y prevenido con sus gracias, debe excitarse á una viva contrición

de sus faltas, confesarlas humildemente, y esforzarse cada día en que sean menos y más ligeras.

Importa sobre todo aplicarse á corregir el *defecto dominante;* es necesario perseguirlo sin piedad hasta desarraigarlo del corazón por completo.

Al acusarse de las faltas, manifestará ingenuamente, con franqueza, su miseria, pero sin enredarse en escrúpulos, que ahogan el verdadero amor de Dios. Obedezca ciegamente á su director espiritual : ¡ocupa el lugar de Jesucristo! sea dócil como un niño. San Francisco de Sales decía : *Un alma de veras obediente nunca se ha condenado; no tiene que dar cuenta de lo que se le mande.* Escuche fielmente, y reciba todo lo que se le dice en el santo tribunal de la Penitencia como venido del mismo Corazón amantísimo de Nuestro Señor.

En el momento de recibir la absolución, abrace en espíritu el pie de la Cruz, y reciba la preciosísima Sangre de la herida del sagrado Corazón, ofreciéndola á

Dios en expiación de sus pecados, y retírese en paz, con el propósito firme de no ofender más á este Corazón tan misericordioso y compasivo, que acaba de perdonarle una vez más sus muchas culpas.

La Sagrada Comunión.

El Guardia de honor debería vivir de manera que pudiera comulgar todos los días si su confesor se lo permitiese. Al menos no omita por su culpa una sola de sus comuniones. Comulgar frecuentemente es corresponder al deseo mas dulce é imperioso del Corazón de Jesús, porque el amor quiere la unión, no reposa sino en la unión.

Demos, pues, á nuestro amabilísimo Salvador, tan lleno de amor por nosotros, esta suma complacencia que anhela. La pequeña forma que nos está destinada, y que desde hace algunos días quizá reposa en el Copón, allí está ocultando un Corazón que late de amor por nosotros, que arde de deseo de unirse con nuestro corazón tan miserable, tan indigno. Si pudiéramos com-

prender sus palpitaciones inefables, las suaves emociones del Corazón de un Dios herido de amor por su ingrata y frágil criatura, ciertamente moriríamos de felicidad.

El Guardia de honor, que vive cerca del Corazón de Jesús, es el que debe conocerle mejor y amar más; es el ser afortunado á quien toca corresponder plenamente á un tal amor. Sus comuniones deben ser frecuentes, humildes, fervorosas, sobre todas las de los demás fieles.

Prepárese, pues, desde la víspera con piadosas oraciones jaculatorias y algún pequeño sacrificio ofrecido á un Dios tan bueno, que le viene á enriquecer con sus dones.

Cuando tenga á Jesús en su corazón esfuércese con ternura filial en consolar á este dulce Salvador, del olvido é ingratitud de los hombres, que tan mal pagan su incomparable amor. En el día y durante la hora de Guardia, multiplique las jaculatorias en acción de gracias; evite las menores faltas y, si puede, haga por la tarde una visita al divino prisionero del Tabernáculo para darle gracias de haberse dado de nuevo á nosotros en la sagrada comunión.

Visitas al Santísimo Sacramento.

Un fervoroso Guardia de honor debe vivir dentro del Tabernáculo; ese es su verdadero puesto; su corazón debe llevarle allá lo más frecuentemente posible. Asociado á los ángeles que rodean sin cesar al divino Cautivo, si no le es dado permanecer como ellos en adoración perpetua delante de Nuestro Señor, debe al menos ir con alegría á unir sus homenajes á los de ellos, tan luego como tenga la libertad de hacerlo.

Muy propio es en el Guardia de honor presentarse delante del trono Eucarístico con una confianza de hijo; hablar á Nuestro Señor con la sencillez de niño y la sinceridad de amigo. ¿No es Él como su compañero, su dulce Consolador? ¡Oh! sí: el ojo avisor de la fe penetra hasta el fondo de la obscuridad del velo que oculta á sus miradas al Maestro más amable, al Padre

más tierno, al Amigo más generoso; esto es muy factible.

Represéntese al amantísimo Jesús, tan realmente presente, (como lo está de hecho) tan dulce, tan amable, tan poderoso y bueno como lo era cuando vestido de carne mortal recorría la Judea, derramando beneficios por todas partes.

Después de adorarle humildemente, expóngale sus penas, sus necesidades con entera confianza : « Mi buen Jesús, le di-
« rá, yo, vuestro Guardia de ho-
« nor, tengo este negocio espi-
« noso, este temor, esta dificul-
« tad, este deseo; vengo á ha-
« blaros de todo esto, á conso-
« larme en la ternura de Vuestro
« divino Corazón, y á suplica-
« ros me ayudéis. »

Ocúpese también en los intereses de Jesús :

« ¡Qué sólo estáis, mi dulce
« Maestro : cómo Os abando-
« nan y desconocen !..... á Vos, el
« más hermoso de los hijos de
« los hombres; aceptad en com-
« pensación mis pobres home-
« najes y todo el amor de mi co-

« razón. Daos á conocer, amabi-
« lísimo Jesús, haceos amar. Yo
« quisiera que todos los corazo-
« nes fuesen conquistas y víctí-
« mas de Vuestro amor. »

« ¡Oh amor! amor desconoci-
« do, amor olvidado, desechado;
« triunfad de una vez de mi du-
« reza, y de la dureza de todos los
« hombres. Haced que vengan á
« Vuestros pies, encadenadlos
« con los dulces lazos de Vuestro
« amor y no les restituváis la li-
« bertad de alejarse de Vos. »

El examen particular.

El Guardia de honor, deseoso, como debe suponerse, de su adelantamiento espiritual, debe hacer con regularidad el examen particular.

Este examen se debe llevar sobre el defecto dominante que uno quiere combatir, ó sobre la virtud especial que se desea adquirir.

1° Por la mañana se toma una firme resolución de trabajar, ó en destruir aquel vicio, ó en adquirir esta virtud.

2° Hacer al medio día un momento de reflexión sobre este

punto, *objeto* del examen, para ver sí ha sido fiel, ó si ha faltado durante la mañana, y luego haga un acto fervoroso de contrición de las faltas cometidas.

3º Practicar lo mismo por la noche, al mismo tiempo que se hace el examen general de conciencia de las faltas de todo el día.

El asociado que tiene poco tiempo libre, podrá hacer su examen particular recogiéndose por el tiempo de una *Ave María.*

Con una simple mirada á la conciencia se dará cuenta del estado de su alma, y se levantará ó fortificará para el resto del día.

Santificación de las más pequeñas acciones del día.

Además de los grandes trazos que señalan, por decirlo así, la vida ó el camino de vida que debe seguir todo fiel cristiano, hay una multitud de acciones pequeñas de suyo indiferentes que importa mucho santificar, é importa tanto más cuanto que, teniendo en cuenta su número, constituyen para el alma una gran pérdida ó ganancia espiritual.

Jamás se repetirá bastante. Para hacernos santos, el Sagrado Corazón de Jesús no quiere que cambiemos en todo rigor nuestro modo de vida. Quiere tan sólo que aprendamos á hacer dignos de una eterna recompensa nuestros deberes más vulgares, es decir, las acciones que estamos obligados á practicar todos los días; y á este fin, animarlas de una intención pura y de un amor divino que las transforme y eleve á un orden sobrenatural.

Una madre, por ejemplo, vela al lado de la cuna de su hijo: esta acción sin duda alguna es buena en sí misma, pero de una bondad puramente natural, no es meritoria para la eternidad. Mas si esa madre ve en su hijo un tesoro que Dios le ha confiado, y en los cuidados de que le rodea, el cumplimiento de la voluntad divina; si, más espiritual todavía, considera al niño Jesús oculto bajo la envoltura de ese pequeño ser y le prodiga sus caricias como hubiera querido hacerlo, si le fuera dado, con el divino Niño, ¿quién no ve cuánto más elevado, ennoblecido y